

## Él

Sábado. No me acostumbro. Esa puerta me resulta inquietante. Aprieto el paso cuando voy de la cocina al salón y Él parece sentirme, intuirme, olfatearme, parece escuchar el restañar de mis pantuflas. Hay al otro lado como un movimiento de alimaña y un sonido de cadenas arrastradas. Después regresa el silencio y me lo imagino, a Él, respirando pesado mientras observa la rendija de luz debajo de la puerta. Me pregunto a veces si Él quiere que esa puerta se abra o no. Si no se abre no come, eso está claro. No bebe. No le limpia nadie la palangana en la que defeca. Pero a veces creo que tiene miedo cada vez que se abre la puerta, por si vienen a buscarlo. Creo que por eso arrastra tanto las cadenas cuando suena el timbre. Como si buscara una salida con tanta desesperación como para herirse con el collar, que le deja una marca amoratada en el cuello. No creo que se moviera con más violencia un ciervo atado al que estuviera alcanzando el fuego. Tampoco sé si alguna cosa le gusta, si es capaz de tener aficiones, si algo hay que lo calme y le haga más llevaderas

las jornadas en la oscuridad. A veces subo el volumen del televisor cuando veo fútbol, pero no sé si el fútbol significa algo para Él ni si está atento a la narración del partido. La música sí le hace efecto, eso lo hemos comprobado. A veces la acompaña con un sonido gutural, como de bestia aullando a la luna. Ahí me doy cuenta de que el día que vengan a buscarlo será demasiado tarde.

Lunes. Bajé a comprar el periódico y me demoré un poco porque desayuné en el bar. Hasta eché una quiniela. Fue una imprudencia, lo sé, pero necesito conquistar de vez en cuando estos momentos para mí solo. Nosotros no estamos encadenados como Él ni tenemos un collar de perro atado al cuello ni debemos cagar en una palangana, pero también somos unos cautivos. Esto nunca nos lo agradecen. Nos dicen que todo va bien, nos dejan dinero pero no agradecen. Volví a casa rápido, con mala conciencia por la tardanza. Al entrar, vi que la puerta de Él estaba entreabierta. Se me heló la sangre. Tuve miedo de que anduviera suelto por la casa y me apreté de espaldas contra una pared. También cogí lo que había a mano, un paraguas, para defenderme. Hasta yo mismo me veía ridículo con el paraguas en ristre, como si fuera a servir de algo. Estaba tan asustado que tardé en acordarme de Concha. Igual la atrapó, pensé, y llamé a Concha tratando de no elevar la voz demasiado. Concha... Concha... Ella me respondió. Desde dentro de la habitación de Él. ¿Estás bien? Claro que estaba bien. Lo estaba adecentando un poco, a Él, con unas toallitas húmedas. Y Él se dejaba, incluso lo disfrutaba. Se abandonaba como los cachorros cuando los lame la madre. Incluso lagrimeaba un poco. No me gusta

esta relación absurda que van desarrollando Concha y Él. Hay momentos en que me pregunto si no es culpa mía por haberlo encerrado en una habitación que estaba preparada para albergar al hijo que jamás pudimos tener. A saber qué puede llegar a sentir una madre frustrada, solo con ver indefensión y miedo, por la más extraña criatura. A qué viene pasarle las toallitas, quedarse ahí dentro con Él. Esta relación no me gusta porque parece la distorsión, la parodia cruel de la que podríamos haber tenido con el hijo que Dios jamás quiso darnos. Tampoco me gusta porque es peligrosa, porque ni siquiera Concha puede estar segura de que Él, en un arrebato, no le haga daño o incluso la mate. Además, algún día vendrán a buscarlo y Concha sentirá pena si continúa intimando. Eso sí que sería insólito, imprevisto. Que vinieran a buscarlo y que hubiera que consolar a Concha por su ausencia. Como si fuera la ausencia del hijo que no tuvimos y para el cual preparamos esa habitación por la que ahora se arrastran unas cadenas.

Miércoles. Sigo sin encontrar una solución para el olor. Subo la escalera y ya en nuestro rellano me alcanza un olor como a establo, como a zoo. Me recuerda un olor de cuando estuvimos en Buenos Aires, el del zoológico de Palermo que se esparcía por toda la avenida de Santa Fe cuando soplaba el viento. Lo intenté con ambientadores, pero eran insuficientes y además Él se ponía muy nervioso, como si temiera que lo estuviéramos gaseando con algo que lo iba a envenenar. Yo lo pensaba pero no me atrevía a decirlo. Fue Concha, mientras comíamos en la cocina unas lentejas con un chorrito de vinagre, la que dijo que había

que bañarlo, eso para empezar. Pero ¿cómo? La cadena no alcanzaba hasta el cuarto de baño, eso suponiendo que se dejara llevar. Y desatarlo habría sido una locura. A Concha se le ocurrió narcotizarlo con algo que pudiéramos echarle en la comida, como hacen los veterinarios. Ella consiguió el narcótico, no sé cómo porque no es algo que vendan en los puestos del mercado de la calle Ibiza. Se lo dimos y esperamos el efecto. De verdad que creí que lo habíamos matado. Había que acercarse mucho a Él, con un pañuelo en la nariz, porque la fetidez era vomitiva, para escucharlo gruñir levemente desde alguna profundidad insondable. Nos dimos prisa. Yo no me fiaba y me guardé en el bolsillo el revólver del 45 que nos dieron cuando nos lo entregaron, y que yo no sabría usar pese a que me dijeron que hasta un idiota podría. Concha estaba más tranquila mientras le abría el candadito del cuello. Estoy descubriendo estos meses que es mucho más valiente de lo que jamás imaginé. Mucho más valiente que yo. Y eso que al principio, cuando le vine con la idea, era la reticente, la que decía que no sabría ni cómo explicárselo a Dios, la que temía que todo el mundo se enterara en el barrio. Lo metimos en la ducha y hubo que rascar para sacarle las costras de mugre. Se iba el agua que pensé que la ducha se atascaría. El pelo fue imposible desenredárselo. Lo tiene como lo tendría un niño encontrado en la jungla, un niño-simio. También le miramos el muñón del dedo cortado, no había infección. Lo volvimos a encadenar y, cuando despertó, se olisqueó y pareció feliz, como si hubiera recuperado algún grado en la consideración de ser humano por la que llevaba tanto tiempo despeñándose hacia la animalidad completa. Concha y yo, lo reconozco, lo miramos complacidos.

Viernes. Hoy vinieron a buscarlo. Yo estaba fuera cuando ocurrió. Otra vez desayuné en el bar y hablé con algunos conocidos de los partidos del fin de semana. Cuando hay derbi siempre se nota en el bar. Me pregunté qué dirían todos esos si se enteraran de lo que teníamos en la habitación. Qué responderían a los reporteros de la televisión que vinieran a preguntar. «Quién lo habría imaginado, si era uno más, el viejo, lo estoy viendo en ese mismo taburete hablando de fútbol.» Volví a casa y enseguida supe que algo había pasado porque Concha estaba sentada en la mesa del comedor con un semblante triste. Miré hacia el pasillo y la puerta de Él estaba abierta, la habitación de Él estaba iluminada. Lo comprendí. Habían venido a buscarlo y me lo había perdido. Concha tenía delante una montaña de euros, el dinero prometido. Pero me di cuenta de que no le compensaba, de que el sentimiento de pérdida que yo tanto temía era en ese instante más poderoso que cualquier otro que pudiera derivar del final de nuestras penurias. Íbamos a conservar la casa, y de repente eso ya no importaba. Importaba Él. Porque se lo habían llevado. Y ni siquiera podíamos saber si era para devolverlo o para matarlo o para arrancarle otro cachito. No supe qué decirle a Concha. Me senté a su lado, sin más, raro porque todo había terminado, raro porque tenía planeado salir a encargarme un traje cuando eso ocurriera y sin embargo no me apetecía. Durante muchos días después, al ir de la cocina al salón, me detuve ante la puerta y la entreabrí, como supongo que hace un padre cuando quiere comprobar que su hijo duerme tranquilo. Hay que joderse.